

A UNQUE la presenten como un combate contra las fuerzas del mal, la guerra del opio constituye en realidad una lucha disimulada entre las grandes firmas farmacéuticas europeas y los laboratorios norteamericanos. Catherine Lamour y Michel R. Lambert, que acaban de publicar en Francia un libro titulado «Les grandes manœuvres de l'opium» («Las grandes maniobras del opio»), son tajantes a este respecto: «Los Estados Unidos ambicionan la total supresión de la producción mundial de opio. Ello les permitiría conciliar sus preocupaciones humanitarias con ciertos intereses particulares».

Desde hace más de veinte años y a través de la Comisión de Estupefacientes de las Naciones Unidas, que USA financia casi en su totalidad, los Estados Unidos tratan de controlar la producción lícita de opio bajo el pretexto de suprimir la producción ilícita. En el año 1953, las Naciones Unidas conceden a siete países (Bulgaria, Grecia, Irán, Turquía, India y Yugoslavia) el derecho a cultivar la adormidera (*Papaver somniferum*) para la exportación.

Hoy, un solo país, la India, abastece de opio lícito a los mercados occidentales. Su producción de 1.200 toneladas anuales no es suficiente. Debido a esto, el precio del opio aumenta cada año en un 10 o un 20 por 100. Pronto alcanzará el precio de los productos sintéticos, cuyas patentes pertenecen exclusivamente a los laboratorios americanos. Resulta, pues, comprensible la inquietud de las firmas farmacéuticas europeas: si Washington gana la guerra del opio, los laboratorios dependerán totalmente de sus competidores de allende el Atlántico, y tendrán que pagar la morfina al precio que éstos fijen.

En un discurso coincidente con la cumbre de la campaña americana antidrogas, el Presidente Nixon explicó ante el Congreso —era el 17 de junio de 1972— que la lucha policíaca contra el tráfico nacional e internacional no bastaba por sí sola para atajar el mal. Había que atacar al mal en su raíz misma, es decir, comenzando por la producción de adormidera. «Está claro —declaró Nixon— que para acabar realmente con la heroína no hay mejor solución que suprimir la producción de opio y el cultivo de adormidera». Pero el Presidente asomó la oreja: «El desarrollo de auténticos sustitutos sintéticos de la morfina y la codeína suprimirá las razones que justificaban hasta ahora la producción de opio».



LA NUEVA GUERRA DEL OPIO

Los Estados Unidos, interesados en suprimir la producción de adormidera en beneficio de sus propios laboratorios.

El club de los productores

Los Estados Unidos no esperaron, sin embargo, a Nixon para iniciar esa política. Ya en 1955, el Irán, que producía aproximadamente setecientas toneladas de opio al año, hubo de renunciar, bajo presión americana, al cultivo de la adormidera. Esto tuvo para la economía del país consecuencias realmente nefastas: cien millones de pérdidas en exportaciones y el comienzo de importaciones ilícitas de opio, procedentes del Afganistán y Pakistán, importaciones por un valor aproximado de 40 millones de dólares, destinadas a satisfacer a los dos millones de opiomanos iraníes. Ese mismo año, Afganistán, Tailandia y Birmania, productores tradicionales de opio ilícito, solicitaron formar parte del club de productores oficiales. El argumento parece tanto más especioso cuanto que nadie controla la producción ilícita de esos países.

En 1971, en pleno apogeo de la campaña antidroga, Turquía decide, bajo presión americana, renunciar, a su vez, a la producción de adormidera, producción que había alcanzado cotas de ciento cincuenta toneladas anuales. El

lícito han seguido produciendo ilícitamente.

El papel de la República Popular China

Los industriales europeos comienzan a denunciar la hipocresía americana. Pues el mercado del opio es hoy particularmente «tenso». La demanda aumenta, mientras que la oferta no deja de disminuir.

La expansión demográfica y los progresos de la Medicina en el mundo provocan un aumento en la demanda de morfina y codeína, aumento que se calcula en un mínimo de un 5 por 100. ¿Dónde encontrar estas drogas?

Los laboratorios europeos, apoyados oficialmente por sus Gobiernos, han comenzado a practicar una política opuesta a la de los Estados Unidos. Buscan discretamente nuevas fuentes de aprovisionamiento o bien tratan de reactivar las antiguas fuentes. Algunas empresas europeas han llevado a cabo gestiones más o menos oficiosas cerca de países como Turquía y el Irán. Estos dos países han recibido seguridades en el sentido de que «si se reanudasen la producción y la exportación, no faltarían compradores en Europa». El Irán no ha sido insensible a estas voces y ha decidido reanudar su producción. Y aunque por ahora no exporta, los expertos estiman que el Gobierno está almacenando opio a razón de doscientas toneladas por año.

En las Naciones Unidas, los países productores están ya ejerciendo discretas presiones destinadas a conseguir que se autorice a China para producir opio legalmente. «En este caso —afirma—, el argumento esgrimido por los americanos para oponerse a la producción lícita de opio en países como Afganistán o Birmania —incapacidad para controlar eficazmente la producción— no tendría razón de ser. China tiene tras de sí una larga tradición de producción de opio y dispone, además, de medios más que suficientes para ejercer el control más estricto sobre sus productores».

Algunos expertos piensan que China no podrá mostrarse insensible indefinidamente a estas solicitudes. En 1973, ese país no corre, a propósito del opio, el mismo riesgo que corrió en 1839, cuando hubo de soportar la intervención de las cañoneras occidentales. ■ ANNE HEAD y FRANÇOIS DUPUIS.